

reportaje

Caza del jabalí en el Gorbea en los años 50



Luiso López (Baranbio)
Presidente de la Asociación
AZTARNA de Amurrio

Amí, a ti, lo de la caza nos viene de herencia, de nuestro padre, de nuestro abuelo, y a ellos, a buen seguro, les llegó por el mismo conducto.

Cuántas esperas, cuántos fríos, cuántas mojaduras, cuántas horas de observación, cuántas noches, cuántos pasos tras el rastro, nos ha dejado nuestro sabio y orgulloso cazador. Ese instinto, ese amor propio, ese carácter, ..., es un legado de nuestros antepasados. A ellos les salieron los dientes en esos montes, en esas oscuras estradas llenas de historias olvidadas.

Los montes de las estribaciones de Gorbea esconden muchas leyendas e historias míticas, si bien lo que nos interesa es una historia real, breve y reciente sobre el jabalí.

En Gorbea y estribaciones en la actualidad contamos con varios cotos (Zuia, Urkabustaiz, Zigoitia, Baranbio, Zarate, Domaikia, etc.) de diferente tamaño y antigüedad, si bien podemos enclavarlos en la nueva gestión de caza. Claro está que todos los cazadores añoran viejos tiempos. ¿Por qué? Es indudable que el sistema de antaño y el de ahora no tienen mucho en común, es posible que algunos lo consideremos despersonalizado, debido a que el cazador tiene encorsetada su ansia de libertad.

UBICACIÓN DEL LUGAR

Nos situamos en un monte humanizado, que estaba rodeado de pueblos pequeños y caseríos. Sus habitantes estaban vinculados al sector primario, eran ganaderos, agricultores y carboneros. Su vida transcurría al aire libre y el contacto con la naturaleza era total. En principio, el mayor reto de toda la familia era alimentarse y después vestirse. En esa época cercana —casi fue ayer— los caseríos eran autosuficientes, pero a veces las cosechas eran ruines y la carne de caza tenía muy buena acogida.

Mikel Arrazola

reportaje



Cuadrilla de Orozko y Baranbio. Año 1960.

El paisaje de la zona en algunos lugares es irreconocible. Los nativos del lugar no serían capaces de conocer lugares que pisaron toda la vida. Los aprovechamientos forestales, las explotaciones ganaderas y los cultivos actuales han ido de la mano de la economía de libre mercado, cambiando su paisaje anterior.

El aprovechamiento cinegético de aquel entonces carecía de burocracia y de intermediarios. Se hacía todo en primera persona. No existían días de caza ni vedas; el día que había caza se cazaba. Para la caza de jabalí se aprovechaban los días de nieve. También eran utilizados los días de buena luna para el jabalí y la liebre.

EL CAZADOR DE JABALI.

Algunos cazadores, rastreadores, echaban rodilla en tierra y observaban el rastro de forma minuciosa para saber de qué día y hora podía ser. La escasez de alimento y la necesidad de cazar obligaban al cazador a ser fino y, sobre todo, paciente. Los días de caza se tomaban con mucha tranquilidad. De hecho, en algunas ocasiones se iba de víspera a dormir a otro caserío para salir juntos desde la mañana y pasar todo el día. Si se mataba un jabalí, se acostumbraba a hacer una fiesta alrededor de la comida del hígado. El resto de la carne se echaba en un arcón en sal y se iba administrando en la economía humilde de la casa.

Mayormente, las cuadrillas la formaban de dos a seis personas. En éstas los chavales y los mayores compartían los lances de la caza. La conducta de la cuadrilla estaba sustentada en el respeto y la seriedad; no había margen para no respetar dichas reglas. La carne del jabalí no se analizaba en esos años. La carencia de vehículo, de teléfono, de reloj, daba tranquilidad; no contaba el tiempo transcurrido.



reportaje

FORMA DE CAZAR

La presencia del jabalí en Gorbea era escasa. Había días que los cazadores rastreaban el macizo sin dar con ningún rastro. Es posible que la escasez se debiese a la cantidad de veneno que se ponía contra los raposos (zorros).

Si los cazadores daban con algún rastro, bien lo podían coger en corto o en largo. Cuando lo hacían en corto cuidaban mucho por dónde había entrado para cortarle la salida. En caso de que le esperaban en largo acostumbraban a ir a puntos bastante lejanos. En las esperas lejanas, algunos acostumbraban a tener la compañía de un burro con cestas para transportar el jabalí.

Los cazadores contaban con la ayuda de algún perro, aunque rara vez tenían más de dos, ya que su mantenimiento era una carga para los mismos. Las razas más habituales entonces eran sabuesos y grifones.

Al jabalí se le perseguía durante el tiempo que hiciera falta; se pasaban todo el día tras él. En esta persecución no se podía hacer ningún ruido, ya que el menor ruido hacía levantarse al jabalí. El tamaño del jabalí era inferior al actual; rara vez llegaba a los 100 kilogramos. Por aquella época los cazadores no se afanaban por conseguir ni guardar los colmillos del jabalí; su pensamiento era el aprovechamiento de la carne.

Las escopetas más utilizadas eran paralelas del calibre 16, de martillos, aunque también se utilizaba la del 12. Los cartuchos empleados eran cargados por los mismos cazadores, siendo éstos de postas, y rara vez fallaba el cartucho. La vestimenta por aquel entonces era la ropa diaria, sin ninguna prenda especial. La comida que llevaban para todo el día era escasa. Lo más frecuente era llevar un poco de tocino, y si alguien llevaba un poco de vino en una bota era un lujo muy apreciado. Estos cazadores también eran muy dados a hacer fuego, cuan-

do comían algo o querían calentarse. De hecho, se dio alguna situación graciosa cuando el jabalí pasó por encima del fuego.

EL JABALI DE BURBONA (GORBEA)

No hace mucho le pregunté a un cazador, a ver dónde tenía los perros y éste me dijo que todavía andaba en busca de ellos. Parece ser que era de la cuadrilla de cazadores que fue a Burbona. Estos un día levantaron un jabalí muy grande que estaba escondido entre bastante maleza. Le empezaron a tirar tiros pero no había manera de acertarle. Acabada la munición, uno de los cazadores metió la corneta como munición y tuvo la suerte de pegarle al jabalí en el trasero. Tal fue el acierto, que el jabalí se fue tocando la corneta, y los perros que llevaba el cazador se fueron tras el sonido de la misma.

Hoy es el día que aún no han vuelto los perros. ■



Andrés Ortueta, de Baranbio



Cazadores de jabalí en La Encontrada (Zuía). Año 1954.